

APUNTES NAVIDEÑOS

Por Carlos VALDES

LA NAVIDAD es un pacto tácito, una tregua del hombre con el hombre. Durante todo el año desconfiamos de nuestros semejantes; pero a última hora ponemos a un lado la envidia y el egoísmo. Y el veinticuatro de diciembre repartimos abrazos entre amigos y desconocidos. Estropeamos costillares, acto tan sencillo como primitivo con el que reconocemos la igualdad del linaje humano. Razas y colores se borran con una esponja afectuosa, un pulpo de millares de tentáculos se extiende por todos los pueblos de la tierra en una orgía de confraternidad.

La Navidad es una fiesta de familia: las tribus dispersas se reúnen en torno de la gran mesa de manteles largos. Quien no tenga familia que se haga adoptar. Siempre hay una prima segunda, cuarta o quinta, a quien podemos rescatar del olvido; en el peor de los casos se recurre a una tía solterona, flaca y enlutada, que puede ofrecer el licor agridulce de una maternidad a deshora. Se debe apelar a todos los medios, hasta el aviso oportuno en el periódico. La cuestión es no pasar la Navidad frente a una solitaria y fría copa, en la taberna de la esquina.

¡Ay! de los extranjeros que la Navidad sorprende lejos de sus hogares. Reciben la alegría general como un insulto a su condición de forasteros. Los hoteles bostezan de aburrimiento. Los huéspedes se encierran temprano en sus habitaciones como para ocultar una vergüenza secreta.

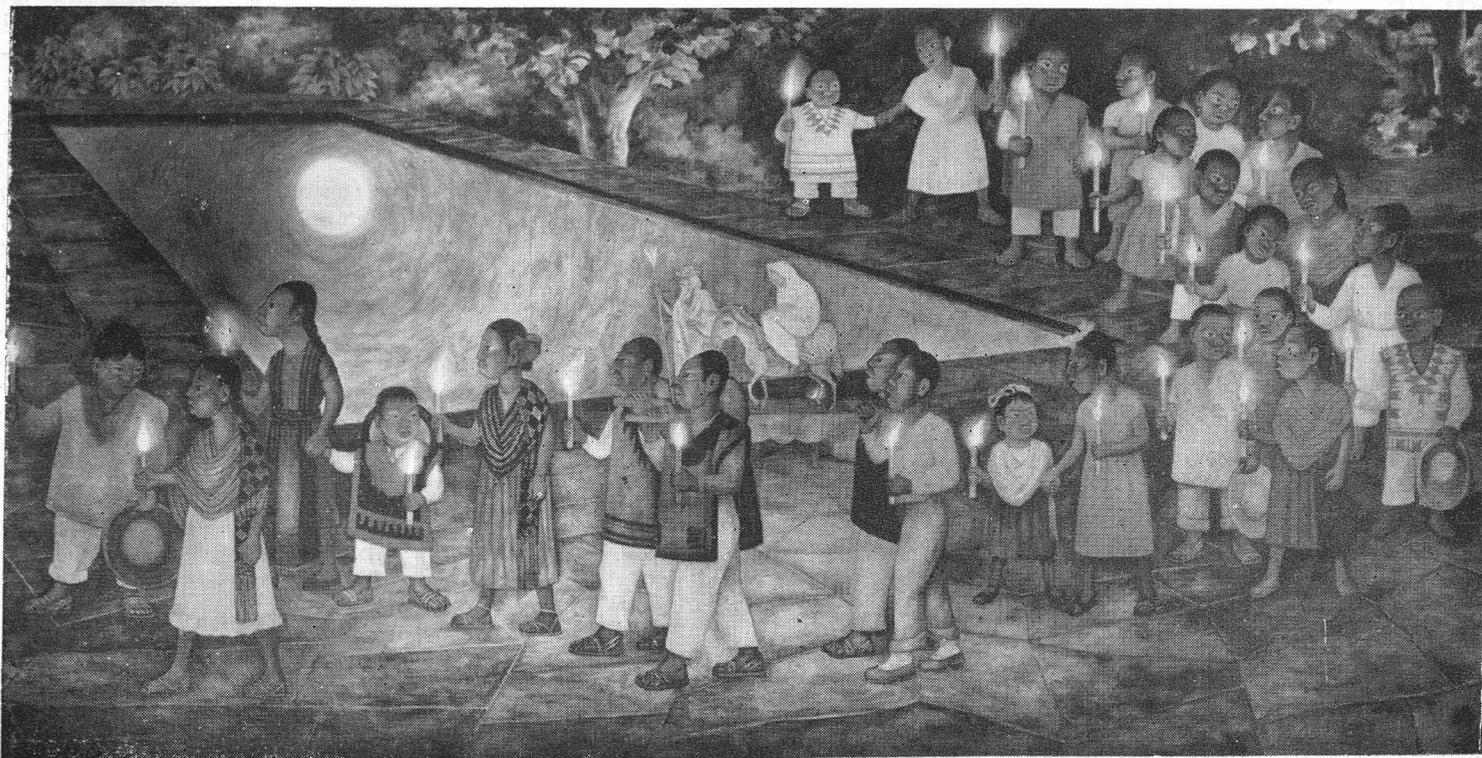
La cena es el rito más conspicuo y trascendental de las Navidades. El corazón de las amas de casa late precipitadamente, se empeñan en la limpieza de los ornamentos de la celebración. Descubre con horror en el mantel, largo como un día sin pan, las manchas del vino de la Navidad pasada. Estos borrones de alegría marchita deben desaparecer, como si se tratara de huellas criminales, si no los invitados pensarán que los agasajan con un banquete trasnochado.

Las señoras sacan de su escondrijo los cubiertos de plata, las copas finas que en el brindis suenan como campanitas de un despertador del espíritu navideño. La vajilla de la abuela sale a relucir en grandes ocasiones, el premio que le otorgaron en la Gran Exposición es el timbre de orgullo de la familia. La señora cuenta las

piezas y las pule. Se estremece, como sacerdotisa de un culto sagrado cuando ve los ornamentos en manos de monacillos rústicos, cada vez que la sirvienta aparece en escena arrastrando el plumero.

La cena de Navidad se prepara con grandes fatigas. Pero los comensales se contentan con poner su buen apetito, e ignoran los desvelos del ama de casa. Estos profanos ni siquiera saben los esfuerzos que realizó la señora para preparar uno sólo de los platos. Hasta desconocen que el pavo fue elegido con un mes de anticipación. Se empleó mucho celo en alimentar con los más succulentos desperdicios a la víctima propiciatoria de los dioses de la gula, y cuando engordó bastante fue sacrificada en una ceremonia, para la cual se tuvo que reunir la sangre fría de todas las mujeres del barrio. Acto que demostró la suficiencia de una mujer que cierra los ojos.

En las alegrías humanas hay un sedimento de tristeza, nunca falta una víctima expiatoria: el pavo es en la Navidad quien paga por justos y pecadores. Esta es la razón de su perpetuo aire asustado, de sus gritos de agonía sin motivo aparente.



—Oleo de D. Rivera

“lo nativo y lo extraño se conjugan sin tropiezos”

SUMARIO: *Apuntes Navideños*, por Carlos Valdés • *Otras voces, otros rumbos* • *Jóvenes cuentistas de México*, por Emmanuel Carballo • *Paul Claudel*, por Juan José Arreola • *Caballo en el silencio*, por José de la Colina • *Navidad*, por Félix Timmermanns • *Itzcoatl*, por Miguel León Portilla • *Tres poetas mexicanos*, por F. Charry Lara • *Historia documental de mis libros*, por Alfonso Reyes • *Jules Supervielle*, por Elena Poniatowska • *Notas de viaje*, por Tomás Segovia • *Homenaje a Diego Rivera*, por Justino Fernández • *Artes plásticas*, por J. J. Crespo de la Serna • *El Cine*, por Monsieur Verdoux • *El Teatro*, por Francisco Monterde • *Libros*, por Francisco de la Maza, Ermilo Abreu Gómez y A. Bonifaz Nuño • *Dibujos* de Juan Soriano.

te, de sus ojos que piden indulto sin alcanzarlo jamás.

El pavo es un verdadero artículo de lujo: lleva en el cuello una exhibición ambulante de pedrerías por todos los rincones del corral. Sólo a fuerza de verlo nos hemos acostumbrado a su aspecto contradictorio, a su belleza y a su fealdad hermanadas en extraña camaradería, a su aire de estúpido exhibicionista. Si alguien no lo conociera pensaría que era un animal escapado de las pesadillas.

El pavo es el más tonto de los animales: apresura su fin simulando una gordura que lo vuelve más apetitoso. Es un inadaptado a la sociedad: fácilmente se le suben los colores a la cara.

El pavo sirve de barómetro para medir la felicidad en las fiestas navideñas. Una cena sin pavo resulta más desairada que un velorio sin aguardiente y café. La ausencia de la pechuga y los muslos es más sentida que la de las primas guapas. Ningún ave puede reemplazar a este príncipe de la gula y el espanto.

Las dueñas ponen a enfriar con toda anticipación la sidra espumosa y el champaña. Ellas saben que sin las burbujas heladas y el estallido de los taponés el espíritu de la fiesta decaería antes de las doce de la noche.

El champaña helado ha hecho más por la confraternidad humana que los predicadores, las mezquitas y los santuarios, más que la diplomacia francesa. El champaña contra las apariencias engañosas no tiene rabietas de niña histérica que echa espuma por la boca, sino por lo contrario es el colmo del regocijo hasta las lágrimas, el pleamar de la alegría que se corona con una guirnalda espumosa de bacante.

Descorchar el champaña requiere habilidad consumada, es un arte diplomático, una carambola galante: el corcho debe caer en el regazo de la virtud inquebrantable, o en el pecho de la tía rica en que se tienen puestas las esperanzas de heredar. Parece mentira que el corcho sea más propiciatorio que un ramo de orquídeas.

Una golosina imprescindible en la Navidad mexicana son los buñuelos: adolescencia pura, sutil, crujiente, apetitosa, granujienta. Verdadero bocado de cardinal, se consume en grandes cantidades sin que haga peso sobre el estómago. Flor de la gastronomía: despierta el apetito sin llevarnos nunca a la saciedad.

El comedor de buñuelos parece devorar puñados de aire. En su prisa del plato a la boca se le caen algunos trozos; pero los pesca al vuelo. Con una improvisada cucharita del mismo material que consume recoge la grajea y el almíbar, como si se tratara de ambrosía. El comilón de buñuelos es un abismo sin fondo, vorágine que absorbe estrellas. No es raro que derrame lágrimas de gratitud cuando en el horizonte se perfila una nueva provisión de buñuelos.

En México la Navidad es una conjunción de tradiciones heredadas y costumbres propias. Lo nativo y lo extraño se conjugan sin tropiezos, todas las prácticas encuentran adeptos. No es raro que se susciten polémicas en esta Babel de cultos; pero mientras los intelectuales combaten entre sí con sus filias y sus fobias, como colegiales tirándose bolitas de papel, los mexicanos se divierten en grande, participan de la promiscuidad sin importarles el origen más o menos bastardo de los ritos; lo mismo gozan escribiendo

tarjetas de felicitación que cantando villancicos.

Imagino que en un tiempo "las posadas" eran una especie de teatro religioso exclusivo de la iglesia, y los santos peregrinos nunca traspasaban las puertas del templo; pero llegó el día en que los actores desertaron hacia los domicilios particulares.

La religión requiere cierta dosis de ingenuidad. Las más alegres posadas se efectúan en los patios humildes entre las piedras falsas y el perfume barato. Aquí aún la gente se conmueve ante el espectáculo de una familia sin hogar. El ponche caliente se impone para el frío y la tristeza, es sorprendente la manera como afina la voz de los cantantes que imploran hospedaje al son de las panderetas: instrumento híbrido que nunca se decidió entre ser tambor o platillos. La historia sólo revive su grandeza con la ayuda de porciones generosas de alcohol.

La piñata: corazón sensible y pródigo de las posadas.

Algunas veces las piñatas resuelven su contenido en ducha de aserrín, ceniza, o una paloma que se pierde en la noche sin retornar con la esperada ramita de olivo,

señal de que la tierra todavía es húmeda e inhospitalaria; pero esto es raro, la mayoría del tiempo la piñata se desborda en catarata de dulces y frutas.

La piñata revela la índole escondida del hombre. No sólo en el pillaje, sino también en los palos de ciego.

A la hora en que rompen la piñata vemos al niño, futuro filósofo, el niño astuto de modestia remendada que se aparta a su rincón, y entenece a los mayores que le colman los bolsillos de fruta: el premio a la modestia. Mientras, sus compañeros se desviven en la arrebatina sin conseguir gran cosa. ¡Tanto batallar para obtener una naranja agria y despachurrada! El niño virtuoso los mira con infinito desprecio mientras monda delicadamente su fruta.

Generalmente hay una piñata dedicada a los mayores. Los grandes se muestran no menos astutos y codiciosos que los infantes. Unos y otros burlan las reglas del juego, hacen lo imposible por apoderarse del botín. Los grandes se portan a la altura de los niños, y los niños se comportan como los pequeños salvajes de siempre.

La piñata ofrece una brillante ocasión de retornar sin desdoro a la niñez, aun a las cavernas que no deberían haberse abandonado tan precipitadamente. La piñata es un simulacro de caza y pesca, hasta de amor libre. En el tumulto de la arrebatina se cosechan caricias más o menos anónimas y furtivas.

Los palos de ciego son la oportunidad de deshacerse con discreción del amigo odiado en secreto. Ninguno se niega a vendar los ojos de una vecina guapa, a hacerla perder el norte de la piñata mediante vueltas desconcertantes del rumbo. Quien con los ojos vendados busca la piñata es un piloto que vuela a ciegas. Vuela por instrumentos, despistado por los informes falsos y el vértigo de la oscuridad, se orienta con un palo que sirve de antena de radar, respira sólo cuando el sonido hueco del cántaro anuncia el puerto próspero y seguro.

Pero localizar la piñata no es todo, sino al contrario, el punto donde principian grandes trabajos. Este Odiseo que se tapó los oídos con cera debe negarse más que nunca al encanto engañoso de las sirenas. Está frente al cuerno de la abundancia; pero la piñata es una estrella fugaz en la total sombra de la noche. Según las reglas del juego sólo tendrá tres oportunidades de entrar al puerto de Jauja. Los palos de ciego amenazan siempre a los mirones y respetan la piñata; pero basta que la venda se descorra un poco para que un faro luminoso devuelva las esperanzas, el navegante salve los arrecifes peligrosos del vacío y desembarque en la tierra de promisión.

Una costumbre menos bárbara y más constructiva, que responde más al espíritu constructivo que a la nostalgia de la acción física, son los nacimientos.

Es sorprendente la cantidad de objetos y energías desperdiciadas que encauzan los nacimientos. Todo lo que parece trivial y estéril aquí adquiere sentido: el papel de estaño de los cigarrillos, un espejo roto, se convierte, respectivamente, en cascada o en remanso. Los fracasados, que nunca sirvieron para mayor cosa, de pronto descubren su vocación perdida en los nacimientos. Es cierto que deben esperar un año; pero su paciencia es compensada por el prestigio que adquieren an-

(Pasa a la pág. 9)

UNIVERSIDAD NACIONAL DE MEXICO

Rector:

Doctor Nabor Carrillo.

Secretario General:

Doctor Efrén C. del Pozo.

REVISTA UNIVERSIDAD DE MEXICO

Director:

Jaime García Terrés.

Coordinador:

Henrique González Casanova.

Jefe de redacción:

Juan Martín.

La Revista no se hace responsable de los originales que no hayan sido solicitados.

Toda correspondencia debe dirigirse a:
"REVISTA UNIVERSIDAD DE MEXICO"

Torre de la Rectoría, 10º piso,
Ciudad Universitaria, Obregón, D. F.

Precio del ejemplar: \$ 1.00

Suscripción anual: „ 10.00

PATROCINADORES

ABBOT LABORATORIES DE MÉXICO, S. A.—BANCO NACIONAL DE COMERCIO EXTERIOR, S. A.—CALIDRA, S. A.—COMPAÑÍA HULERA EUZKADI, S. A.—COMPAÑÍA MEXICANA DE AVIACIÓN, S. A.—ELECTROMOTOR, S. A.—FERROCARRILES NACIONALES DE MÉXICO, S. A.—FINANCIERA NACIONAL AZUCARERA, S. A.—INGENIEROS CIVILES ASOCIADOS, S. A. (ICA).—INSTITUTO MEXICANO DEL SEGURO SOCIAL.—LOTERÍA NACIONAL PARA LA ASISTENCIA PÚBLICA.—NACIONAL FINANCIERA, S. A.—PETRÓLEOS MEXICANOS.

APUNTES NAVIDEÑOS



"estropeamos costillas, acto tan sencillo como primitivo"

(Viene de la pág. 2)

te los ojos de la sociedad infantil. Pasada la Navidad guardan la juguetería en el armario, vuelven a su mecedora y a su pipa estos artífices de los nacimientos. Mientras sueñan en las glorias pasadas o futuras de un nacimiento, y acumulan abalorios como las urracas. En el paseo, los ojos muy diestros pueden encontrar una piedrita que en la topografía del nacimiento será una roca imponente: estos hallazgos sólo se realizan en los días de mucha suerte.



—Foto de R. Salazar

"las glorias futuras de un nacimiento"

El árbol de Navidad en México es un síntoma de la nostalgia por el paisaje nortño: la nieve, los bosques de tarjeta postal que tanto impresionan el sentido estético de la burguesía.

El árbol de Navidad es un árbol milagroso que florece regalos la noche del veinticuatro de diciembre. Quizá es una reminiscencia del tiempo en que el hombre sólo tenía que levantar la mano para encontrar el sustento.

El heno pone su nota de fiesta navideña en todos lados. Sus melenas destrenzadas, como una vejez que se niega a reconocer su derrota, se aferran, a pesar de la calvicie y las canas, a los goces de la juventud.

Los montones de heno en los mercados parecen señales blancas que invitan a posponer la frontera de las tinieblas cotidianas.

La Navidad es tiempo propicio para hacer presentes; pero la costumbre sigue el mismo patrón que en todas las épocas del año: los ricos acaparan todos los regalos, mientras que los pobres nada reciben. Esto no atribula a los mayores que conocen la etiqueta que rige la sociedad, los hilos invisibles de los intereses creados; pero los niños que creen en el origen divino de los obsequios sufren graves desengaños. No hay nada que desmoralice más al niño que una Navidad sin aguiñaldos.

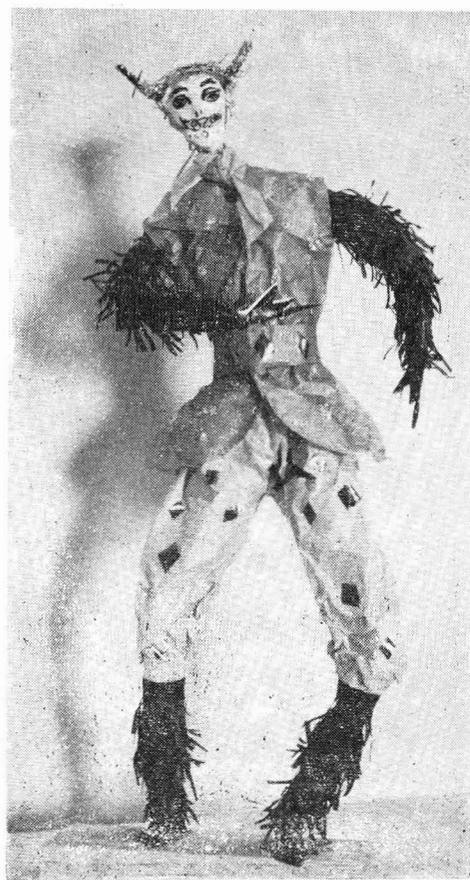
Cuando el niño descubre que Santa Claus es un muñeco relleno de algodón pierde su fe en la naturaleza mágica del mundo. Hay hombres, por desgracia pocos, que se resisten hasta lo último a perder la inocencia. Siguen creyendo a pesar de las pruebas en contrario en el origen divino de los regalos. A hurtadillas escriben largas y sentimentales cartas. Con su mejor letra se quejan de la sordidez del género humano, y reclaman sin pudor todo lo que la vida les niega. No se desalientan ante los fracasos que tienen año con año. Creen ingenuamente que quien insiste al fin les dan la razón. Las medias vacías son la bandera de su terquedad.

En Navidad la pobreza es más insoponible que nunca, los escaparates abarrotados de mercancías son suplicio de Tántalo. Detrás de los vidrios empañados por el frío los comestibles se amontonan como vírgenes friolentas. La latería multiplica la tentación en sus pirámides deslumbrantes. Los ultramarinos son los favoritos de estos harenes de la abundancia: manos expertas los han colocado con arte, combinando formas y colores, a fin de inquietar el apetito más exhausto. Los vinos, complemento obligado de las grandes comilonas, escoltan los víveres formando disciplinados batallones. Los uniformes de esta hueste irresistible recuerdan el abigarrado lujo asiático, el ejército mercenario de un gran conquistador que arrastra con su prestigio a muchos pueblos que sólo tienen de común entre sí el amor al dinero.



Los pobres cenan con la imaginación ante los escaparates. La mesa está dispuesta, no tienen más que elegir. Como la disyuntiva es tan ardua se deciden a comer de todo. No dejan una sola vianda sin probar: se instruyen en los más reconducidos sabores de la cocina internacional. Frente a los restaurantes, desafiando las miradas coléricas del portero, estudian cuidadosamente el menú navideño sin reparar en precios. Encuentran que los manjares que brinda la casa no valen la pena. Ya en la desolación de sus cuartos helados, frente a una luz que parece de enfermo, se entregan a una laboriosa digestión imaginativa. Sirviéndose de un uso mondantes se repasan la dentadura con ademanes que tienen algo sibarítico.

Los solitarios se refugian en la taberna de la esquina. Pretenden olvidar la fecha con el beleño de una partida de ajedrez interminable. Los solitarios se miran unos a otros avergonzados, como si fueran cómplices de un crimen. Quien no puede más se esconde en la lectura desmayada de un diario. Comienza con los encabezados, lee y relea las noticias de menor importancia: el obituario, los anuncios co-



—Foto de R. Salazar

"lo trivial adquiere sentido"

merciales, los horarios de los trenes, el santoral del día, los pronósticos del tiempo, la solución del crucigrama anterior. La lectura lo aburre y quisiera marcharse a dormir; pero teme cruzar el salón tan grande y vacío como un escenario que vigilan mil ojos.

No hay nada tan sombrío como la soledad de un hombre viejo y rico que cena sin otra compañía que la de los espejos. Los criados no cuentan, sus rostros no revelan ni la menor emoción. El amo hubiera querido darles la noche franca; pero no se animó temeroso de romper la rutina. Ahora los criados son los testigos mudos de su esterilidad y su egoísmo; pero no

puede reprocharles nada, su actitud es correcta: nadie adivinaría lo que hay detrás de sus rostros glaciales. Es cierto que cada uno recibió su aguinaldo; pero todos respondieron en la misma forma, y dentro de sus posibilidades fueron más generosos que el patrón. Pedirles alegría, además de insensato, pues va contra la costumbre, sería tanto como reclamarles el precio de las albricias. El viejo se retira pronto a su recámara. No puede dormir pensando en la servidumbre que celebra la Navidad en la cocina. Tiene la certeza de que se emborrachan con su mejor vino; pero no es capaz de ir a sorprenderlos. Conteniendo su disgusto cierra los ojos, después de todo es Navidad. Siente deseos de unirse a la fiesta de los criados; pero sabe que sólo haría el papel de aguafiestas. El es el amo y ellos los sirvientes, cada quien vive confinado a su mundo.

Escribir tarjetas de Navidad es uno de los ejercicios espirituales más eficaces contra el olvido. Esta nemotécnica rescata amistades que creíamos perdidas para siempre. En estos días el cartero nos trae sorpresas inusitadas. Parientes y amigos desde países lejanos adonde los ha llevado la existencia dan pruebas de una memoria privilegiada. Muchas veces las tarjetas parecen escritas por manos fantasmales. Juraríamos que esta o aquella persona ya habían muerto; pero aún sigue alentando en algún rincón del planeta, y ante nuestra sorpresa aún es capaz de desearnos felicidades.



Escribir tarjetas es como pescar en un río turbio: vamos cobrando nombres y rostros de la corriente. Lo malo es que a veces los nombres no corresponden a los rostros. Se producen equívocos risibles; pero sin mayor trascendencia. ¿A quién le importa recibir una tarjeta con el nombre de otra persona? Aunque hay el pe-



"placer morboso en solazarse en sus ruinas"

ligro de perder todas las amistades si nos equivocamos con demasiada frecuencia.

La misa de gallo tiene algo de oscuro y secreto. Quienes asisten a ella experimentan la emoción que sentían los primeros cristianos al bajar a las catacumbas. El sólo hacer algo a una hora desacostumbrada es ya excitante. Recorrer de noche el camino que habitualmente se anda a la luz parece una conspiración. Los primeros concurrentes a la misa de gallo entran con temor a la iglesia vacía. Pisan de puntas, el ruido mismo de sus pasos los espanta. Sólo se tranquilizan cuando el sacristán enciende las luces eléctricas, y borra las sombras vacilantes de la pantomina grotesca que proyectaban las velas.

Hasta en los países democráticos entre los niños, los reyes gozan de una gran simpatía, siempre que los reyes sean magos y espléndidos. A los niños les parece la cosa más natural que unos señores muy ocupados se entretengan en contemplar el cielo, que sigan una estrella por varios países, y que ofrezcan regalos a un recién nacido en un establo. ¿Por qué no iban a molestarse estos mismos Reyes Magos en venir a obsequiar a un niño que se comporta bien durante todo el año? Pero el corazón de los niños es avaricioso desde muy temprana edad. Aquellos que no reciben la lista interminable de juguetes que deseaban, arman una ruidosa protesta. Los silbatos que oímos después de Navidad nunca sabemos si son de alegría o de protesta.



Los niños del arroyo, obligados por la necesidad, aprenden a conocer al mundo: saben que en esta época del año la burguesía se conmueve ante el espectáculo de un niño sin zapatos. Los pequeños mendigos se multiplican por las calles. Con una alcancía en la mano piden infatigables su aguinaldo. Saben que la esplendidez es fruto efímero, y quien no se apresura no alcanza nada. La gente que acarrea numerosos bultos sonrío aun de las fatigas que le ocasiona sacar el portamonedas. Los rostros reflejan la paz beatífica de quien hace una buena acción a muy bajo precio. No hay mayor placer que engañar a los ángeles custodios.

Los empleados esperan ansiosos la recompensa de fin de año; pero el premio se va como agua entre las manos. La lista de regalos es abrumadora. Se necesitaría de magia para que el dinero alcanzara a cubrir los gastos navideños. Todo el mundo espera algo de nosotros. La bancarrota es inminente; pero imposible desilusionar a aquellos que confían en nuestro espíritu navideño. A veces el montepío saca de apuros; mas para la mayoría enero tiene cara de hereje. Enero es la nauseabunda sobremesa después de los grandes festines: el momento en que la em-



"sin el estallido de los tapones la fiesta decoraría"

briaguez ilumina la existencia con una claridad insoportable.

San Silvestre, el santo que por poco le dan con la puerta en la nariz, a pesar de su desairada posición en el calendario, no por esto deja de ser un personaje muy importante: es el casero que llega a presentar el desahucio, el amo implacable a la hora de pedir cuentas al administrador.

La vida se reduce al momento presente, y quien volteja hacia atrás tiene el peligro de convertirse en estatua de sal. Pero el

hombre encuentra un placer morboso en solazarse en sus ruinas. La gente posee la superstición enfermiza de las fechas. Cuenta con avaricia los días que faltan para que termine el año, cómo si la existencia estuviera circunscrita a la rígida ley de las matemáticas; y cuando el reloj da las doce de la noche, cómo si venciera un pagaré irrefrendable, la gente exclama con tristeza: "un año menos de vida, un paso más hacia la muerte". ¡Y son tan pocos los que mueren en un fin de año!

También responden a la superstición numérica los buenos propósitos que se hacen al iniciarse el año. Se cree que un simple cambio numérico tiene poder sobrenatural para influir en el carácter.

El primero del año abunda en varones ejemplares que no beben ni fuman demasiado, que siguen al pie de la letra los preceptos de la moral y la higiene; férreas voluntades que se desmoronan al día siguiente. Las fábricas de cigarrillos ven amenazada su prosperidad el primer día del año; pero sus acciones se recuperan de la mañana a la noche. Respetemos la buena voluntad de estos hombres, por lo menos les queda la satisfacción de haber hecho buenos propósitos. El anhelo de perfección es muy loable, siempre que no se lleve al cabo.